

Dolera, Leticia (2018). [selección de conceptos]
En *Morder la manzana. La revolución será feminista o no será.*
Barcelona: Planeta

lo aclaro: en el ADN de las mujeres no vienen implícitas mayores habilidades para el uso de la escoba, la bayeta o los fogones.

Pero sigamos con más términos, que estamos cogiendo carrerilla y me estoy viniendo arriba.

¿Qué es el patriarcado?

El patriarcado es una forma de organización política, económica, religiosa y social basada en la idea de autoridad y liderazgo del varón, en la que se da el predominio de los hombres sobre las mujeres.

Echando un vistazo a la sociedad actual, podemos ver como la industria, la tecnología, la política, la economía, los medios de comunicación, las universidades, la ciencia, el ejército..., en definitiva, el poder, está en manos masculinas.

Podemos hacer una división dentro del patriarcado:

- *Patriarcado de coacción.* Se da en aquellos lugares donde por ley las mujeres son inferiores a los hombres.
- *Patriarcado de consentimiento.* Se da en aquellos lugares donde legalmente mujeres y hombres somos iguales, pero en la práctica se siguen perpetuando relaciones de poder desiguales.

Está muy claro cómo funciona el patriarcado de coacción. Impongo una ley misógina y tú, mujer, si no la cumples tienes tres opciones: o vas a la cárcel o te apedrean o ambas cosas. Desgraciadamente, esto es así y está ocurriendo aún hoy mientras lees esto.

Sin ir más lejos, en 2017 se aprobó en Rusia una ley que permite a los hombres casados pegar a sus mujeres una vez al año. Tremendo, ¿no? Es una descriminalización desvergonzada de la violencia de género. En Rusia, entre doce mil y catorce mil mujeres son asesinadas cada año a manos de sus parejas (según un estudio de 2012 del Ministerio de Interior).

Sí, puedes volver a leer el párrafo anterior, no es una errata de imprenta, es la realidad de miles de mujeres. Y eso solo en Rusia.

¿Y el patriarcado de consentimiento? En países donde ya hay una igualdad legal, como España, se siguen dando casos de violencia de género y la sociedad sigue sin ser igualitaria. ¿Cómo se perpetúa el machismo entonces? Pues a través de la cultura, de los mitos y los relatos que nos cuentan, no solo en la infancia, también en la vida adulta, y que fomentan estereotipos y prejuicios en torno al género masculino y femenino.

La cultura y el relato nos construyen y modifican internamente mucho más que una ley y donde ya existe igualdad formal, el patriarcado se asienta en los roles y estereotipos que se reproducen a través de lo simbólico. Y mientras el imaginario cultural siga siendo patriarcal, nuestra imaginación y nuestras relaciones también lo serán. Por mucho que seamos iguales ante la ley.

Ya lo decía Napoleón (ese gran manipulador): «El pueblo no debe ser libre, sino creer que lo es».

Aunque en nuestra casa nos eduquen con valores de igualdad, no podemos vivir al margen de las historias que nos cuentan y de las imágenes que nos rodean en la televisión, en la publicidad, en los kioscos...

Niñas y niños no crecemos con la misma visión del mundo. Es innegable, como analiza la filósofa Amelia Valcárcel, que los niños, mientras crecen y cocrean su visión del mundo, ven reafirmado su valor innato en cuanto se asoman a la cultura. Al estudiar la historia (con las mujeres silenciadas en los libros de texto), al leer los periódicos (plagados de noticias sobre políticos, escritores o científicos hombres), al ir al cine (abarrota-do de héroes hombres), al ver el mundo del deporte (con veinte minutos al día de deporte masculino en el telediario) se encuentran siempre con la épica masculina. Pero no solo es importante la visión que construyen de sí mismos, sino de las mujeres, a quienes pocas veces ven en roles de autoridad. En cambio, las niñas, salvo excepciones, se encuentran con lugares secundarios y el mito de la belleza rondando. Y es que, como mujer, puedes tener éxito en tu trabajo, pero si no cumples con el mito de la belleza establecida, siempre parecerá que te falta algo (solo lo parecerá, pero te lo acabarás creyendo). Algo que con los hombres no pasa, porque ese mito no existe y porque ellos tienen referentes de éxito a los que se les da altavoz mediático con físicos y edades diversas.

El problema es que los prejuicios son mucho más difi-

ciles de cambiar porque no se sustentan en la lógica ni en la razón, sino en lo subjetivo y lo emocional y ahí como se llega no es a través de una ley, es a través del relato cultural. Luego, ¡cambiamos ese relato! ¡Construyamos un mundo más justo! ¿No te parece?

¿Y qué es el androcentrismo?

Esta es una palabra para soltar en cenas en las que te apetezca quedar como una persona leída e intelectual. El único inconveniente que tiene es que cuesta bastante pronunciarla, pero a la cuarta o quinta vez ya le coges el truco.

El androcentrismo es un concepto muy ligado al patriarcado.

Definición

Hace referencia a la práctica, consciente o no, de otorgar al hombre y su punto de vista una posición central en el mundo.

Es androcentrista identificar:

- Lo masculino con lo humano.
- Lo femenino con lo específico de las mujeres.

Poner al hombre en el centro como medida de todas las cosas hace que, por ejemplo, los problemas de los hombres sean «problemas sociales», pero cuando se trata de algo que atañe exclusivamente a las mujeres, se suele hablar de «problemas de mujeres».

Lo mismo ocurre con el cine. Están las pelis y las pelis de mujeres, la literatura y la literatura para mujeres. ¿Por qué?

Está bien visto que las niñas se identifiquen con personajes masculinos de ficción, yo misma de pequeña me disfracé de Peter Pan. Alguna profesora me propuso el disfraz de Campanilla, pero yo quería ser la prota de la aventura, la dueña de la acción, yo quería ser o Peter Pan o el Capitán Garfio. Pues bien, me disfracé y a nadie le pareció mal que me vistiera de chico y me hiciera llamar Peter durante un día entero, porque identificamos lo masculino con lo humano.

En cambio, no está bien visto socialmente que un niño quiera disfrazarse de princesa Frozen, por ejemplo (conocemos varios casos de hijos de gente conocida que han sido criticados) y eso es porque identificamos lo femenino con «la cosa de las mujeres» y esa «cosa de las mujeres», al vivir en un patriarcado, es percibida como inferior. Luego nos parece que un niño que se disfraza de princesa está rebajando su poder y su autoridad de futuro hombre, así que lo corregimos y le enseñamos que eso está mal.

Sé que cuesta mucho deconstruir ese imaginario, pero debemos entender que no es más que eso, imaginario, y como tal no viene de nacimiento, es cultural, son nuestros prejuicios y nuestra cultura androcentrista los que nos hacen percibir así la vida.

Otro ejemplo de lo injusto del androcentrismo se da en el terreno de la medicina. ¿Sabes cuáles son los síntomas de un ataque al corazón? Fijo que lo has visto en alguna peli: presión en el pecho y un fuerte dolor en el brazo izquierdo. ¿A que sí?

Pues bien, esos son los síntomas de un ataque al corazón en los hombres. En las personas que son biológicamente mujeres, los síntomas de un infarto son distintos, pero la cultura popular (vocaliza internamente conmigo) androcentrista no los ha recogido. ¿Cuáles son? Una fuerte presión en el cuello, dolor abdominal y sensación de estómago revuelto.

En el lenguaje también

Este es otro terreno profundamente androcentrista. El lenguaje es poder y a través de su uso se estructura el pensamiento.

Las mujeres somos colocadas en la construcción del lenguaje como un elemento secundario y nos enseñan desde pequeñas que cuando alguien utiliza el masculino genérico, también se está refiriendo a nosotras, aunque estemos invisibilizadas.

Igual te parece una tontería, a mí no me parecía algo tan relevante hasta que me paré a pensarlo y me pasó como con las gafas del feminismo: cuando te las pones, ya no hay vuelta atrás. Ahora, cuando alguien dice que los directores de cine tal o que los actores cual, yo no me siento aludida, no imagino a mujeres, más que nada porque

no las veo en la frase y eso es porque no están. ¿Por qué tenemos que sentirnos incluídas si ya existe una forma específica de referirse a nosotras que es usando el femenino? Una vez más, ¿por qué identificar lo masculino con lo humano?

Las estructuras y formas del lenguaje no vinieron dadas por la naturaleza, alguien las creó y lo hizo con una visión androcentrista del mundo.

Pero no nos vengamos abajo, sencillamente hagamos pequeños cambios en nuestro día a día, pasemos a la acción.

Dejemos de decirle a una mujer que cuando ha sido valiente le ha echado cojones y digamos que le ha echado ovarios, por ejemplo. Lectoras, lectores..., ¡visibilicemos los ovarios!

¿Es necesario el feminismo?

Una vez aclarado lo que es el feminismo y lo que son el patriarcado y el androcentrismo (ambos sostienen el machismo que nos rodea), hagamos un repaso a las frases hechas que afirman que el feminismo no es necesario. Vamos, que tú, yo y miles de personas en el mundo, estamos haciendo el tonto. Te pongo algunos ejemplos.

El feminismo no es necesario, ya vivimos en igualdad

En los países del Primer Mundo, hombres y mujeres ya somos iguales ante la ley (hay otros países donde esto no es así, lo hemos visto antes, se trata del patriarcado de coacción). Aquí, mujeres y hombres podemos votar, estudiar, trabajar, viajar, tener una cuenta bancaria, etc. Si ya somos legalmente iguales y tenemos los mismos derechos, ¿por qué hace falta el feminismo?

La sororidad

Las mujeres ponen mayor empeño en mejorar sus relaciones con los hombres, pero lo más importante es cambiar las relaciones entre mujeres.

KATE MILLET

El término *sororidad* hace referencia a la hermandad entre mujeres, a un compañerismo consciente y activo en el que nos reconocemos unas a otras como sujetos políticos que formamos parte del mismo grupo social, ese que viene marcado por el género MUJER.

Pero, claro, la sororidad es algo que no nos han inculcado desde la cultura patriarcal. Más bien lo contrario, la han demonizado. No solo hemos crecido con el mito de la mejor amiga, el sistema ha pulido otro para nosotras, que se resume en estas frases que seguro te sonarán: «Las mujeres os tenéis envidia», «Os dais la vuelta y os criticáis», «No podéis trabajar juntas», «Siempre acabáis discutiendo por un tío o por quién es la más guapa». Uy, espera, eso me suena... Blancanieves y la madrastra.

Parece una tontería, pero crecer con cuentos e historias en los que las mujeres somos envidiosas, no tenemos amigas y solo pensamos en enamorarnos afecta a nuestra

visión del mundo, a nuestras relaciones y a nuestra propia construcción como seres humanos.

Si te cuesta creerlo, hagamos un inciso. Apliquemos la misma reflexión, pero en lugar de tomar como ejemplo las relaciones entre mujeres, tomemos el uso del tabaco en las películas.

Con la llegada del cine negro y esas imágenes hipnóticas en blanco y negro de estrellas de cine fumando a contraluz, rodeadas de un humo que las dotaba de misterio y personalidad, el consumo de tabaco se disparó en Estados Unidos y las tabacaleras estaban encantadas. Es más, en las décadas de los treinta, cuarenta y cincuenta, los grandes estudios firmaron acuerdos con las compañías tabacaleras para que actores como Clark Gable, Marlene Dietrich, Barbara Stanwyck o Humphrey Bogart fumaran en sus películas. Todo el mundo quería parecerse a las estrellas, todo el mundo quería fumar.

En cambio, en la actualidad, ahora que toda la sociedad conoce las maldades del tabaco sobre nuestros cuerpos, las autoridades norteamericanas han trabajado para erradicar la presencia del tabaco en el cine. La Motion Picture Association of America (MPAA), institución encargada de otorgar clasificaciones morales a las películas, está castigando con la calificación «R» (*restricted*) los filmes con personajes que consumen tabaco.

¿Tú crees que las empresas tabacaleras hubieran invertido cientos de miles de euros si no estuvieran seguras de que el cine y su épica hacen que nos queramos parecer a aquello que vemos en la pantalla?

Pues con las princesas, los príncipes y las dinámicas y

relaciones de poder que se establecen en las películas, cuentos y obras de teatro pasa lo mismo (Tendemos a querer parecernos a aquello que vemos en las historias.)

Si hago un repaso de los cuentos que han moldeado mi subjetividad y mi imaginario durante la infancia, en todos ellos las mujeres no van en piña, no hacen grupito, en la mayoría ni siquiera hablan entre ellas. Pienso en Blancanieves (enfrentada por el mito de la belleza a su madrastra, que cuando escapa se dedica a las labores del hogar de los siete enanitos, ¡qué suerte!), la Sirenita (cuyo único amigo es un cangrejo), la Bella Durmiente (que no despertará hasta que un príncipe azul la bese o dormirá durante toda la eternidad, vaya plan de cuento, ¿no?), Cenicienta (enfrentada a sus hermanastras), etc.

Por suerte, hoy también están las Supernenas, historias como *Frozen* y una nueva ola de cuentos infantiles que fomentan la igualdad, la diversidad y la sororidad. Te sugiero algunos títulos: *Rosa Caramelo*, *Malena Ballena*, *Mercedes quiere ser bombera*, *La peluca de Luca*, *Eloísa y los bichos*, *¿Hay algo más aburrido que ser una princesa rosa?*, *La princesa que quería escribir*, *Ricitos de Oso...*

Por otro lado, tengo que confesar que yo fui de las que sentía envidia por las chicas que decían: «Yo es que tengo muchos amigos tíos». Me parecían las más enrolladas, las más modernas, las más interesantes. Yo quería ser ellas, pero suficiente tenía con cuidar el título de la mejor amiga.

Luego, gracias al feminismo, descubrí la SORORIDAD y eso me cambió la vida. Te lo juro, la hizo más rica, mejor y mucho más divertida.

Las mujeres, al igual que los hombres, somos diversas

y en cada una de nosotras hay muchas cosas que nos hacen distintas y nos separan, pero hay una que nos une y que atraviesa todas las etapas de nuestra vida y prácticamente todos los ámbitos: la experiencia de ser mujer en un mundo patriarcal. Eso, compañeras, puede y debe unirnos.

Todas hemos pasado por situaciones o sensaciones parecidas, de miedo o discriminación. Compartirlas nos hace más fuertes y nos ayuda a sentir que no estamos solas y que no estamos locas.

Lo que pasa es que hemos crecido con relatos que nos hacían creer que éramos enemigas (aunque tuviéramos amigas), nos han enseñado a desconfiar entre nosotras, a tenernos celos. Pues bien, la sororidad va de todo lo contrario, va de empatía, de hermandad, de solidaridad y de apoyo mutuo, de reforzarnos entre nosotras. Compartamos lo que nos pasa, hablemos, generemos lazos de confianza.

Si el feminismo es una práctica activa y solo con decir «soy feminista porque creo en la igualdad» no te conviertes en feminista, con la sororidad pasa un poco lo mismo, también es una práctica del día a día.

He aquí unos cuantos ejemplos de cómo ponerla en práctica; si se te ocurren más —seguro que sí—, te animo a que los compartas en redes sociales o con amigas, alcemos la voz:

1. Cuando te sientas insegura por estar con una mujer que consideras más guapa que tú, recuerda que la belleza es un mito cultural y una exigencia del

patriarcado, y que seguramente esa mujer está atravesada, al igual que tú, por miles de complejos al intentar conseguir ese mito irreal e insostenible.

2. Cuando te encuentres a ti misma juzgando el cuerpo de otra mujer, con comentarios o pensamientos del tipo «cómo ha engordado», «con los años está peor», «cuánta celulitis, debería hacerse una lipo», «tendría que pasar por el tinte», «no se cuida nada»..., piensa que en el fondo te estás juzgando a ti misma y estás reforzando las cadenas invisibles que tanto nos pesan a todas.
3. Por el contrario, cuando te parezca que una mujer va demasiado maquillada o arreglada o ha pasado demasiado por el quirófano, recuerda que es libre de hacer lo que quiera con su cuerpo y su rostro, y una vez más, que a ella también la oprimen las exigencias patriarcales, como a ti, como a todas. No seas tú la que la juzgue por su aspecto.
4. Cuando en una reunión de trabajo o con amigos sientas que a una compañera no se la deja hablar o se le corta constantemente, di que te interesa mucho su punto de vista y que quieres que lo desarrolle. Reforzando la voz de una mujer, refuerzas un poco la de todas.
5. Cuando una mujer te cuente que un tío la ha hecho sentir incómoda o la ha violentado, no le preguntes qué ha hecho ella para que él se ponga así, escúchala y cógele la mano.
6. Cuando te sientas tentada de juzgar a una mujer porque lleva un escotazo o porque va vestida mos-

trando su sensualidad sin pudor, celebra que se sienta libre de hacerlo y reivindica el derecho a que no tenga que aguantar comentarios sobre su cuerpo por la calle por ir vestida como le dé la gana.

7. Cuando una mujer en una posición de poder te parezca mandona, párate a pensar si, en lugar de ser mandona, está básicamente haciendo su trabajo con asertividad.
8. Cuando una mujer en una posición de poder te parezca agresiva, intenta empatizar con el hecho de que seguramente le ha costado más que a un hombre llegar a donde está y sienta una presión extra por el hecho de ser una mujer en un puesto de responsabilidad. Así que acércate a ella y hazle saber que no eres su enemiga, que sois compañeras y que estás ahí para currar en equipo.
9. Cuando alguien sospeche del talento de una compañera tuya y se pregunte con qué jefe se habrá acostado para llegar donde está, contéstale que, si eso ha ocurrido realmente, de quien tenéis que preocuparos es de vuestro jefe, pues estaría utilizando una posición de poder para aprovecharse de alguien que lo único que quiere es un trabajo, y podría estar cometiendo un delito de acoso laboral. Y puedes añadir también que estamos en 2018 y que ya va siendo hora de aceptar la libertad sexual de las mujeres, que somos libres de acostarnos con quien nos dé la gana y por el motivo que nos dé la gana.
10. Cuando mires a los ojos a otra mujer, reconóctete en ella.

Toda esa energía que nos han dicho que teníamos que invertir para competir entre nosotras y juzgarnos como si fuéramos las hermanas de Cenicienta, podemos invertirla en estrechar los lazos que ya existen y crear otros nuevos.

Yo estoy en ello y te aseguro que está siendo un viaje tan enriquecedor como liberador, y además me estoy riendo muchísimo por el camino.

¡Somos la mitad del mundo, juntas el futuro es nuestro!

• • •

Si eres hombre y estás leyendo esto, no te sientas atacado ni nervioso, que nosotras estrechemos lazos no tiene nada que ver contigo ni con nuestra relación con los hombres, es algo independiente, algo nuestro. Igual que existe el compadreo (del latín *pater*, «padre») también existe la sororidad (del latín *soror*, «hermana»).

Género, sexo y orientación sexual no son lo mismo

*Por un mundo en el que seamos socialmente iguales,
humanamente diferentes y totalmente libres.*

ROSA LUXEMBURGO

A quien lee:

¿Eres mujer? En caso afirmativo, ¿llevas agujeros en las orejas? Yo sí. ¿Naciste con ellos? Yo no. ¿Te los hicieron nada más nacer? A mí también. ¿Eres hombre? En caso afirmativo, ¿a ti te hicieron agujeros en las orejas con días de vida? A mis amigos tampoco.

Sí, ahora cada vez hay más excepciones, pero la regla cultural sigue siendo esta.

Nada más nacer, la sociedad nos marca según nuestro sexo biológico: a las niñas se les suelen hacer agujeros en las orejas y a los niños, no. Nos están marcando cultural y socialmente con diferencias que no tienen que ver con nuestra biología, sino que son de nuevo construcciones culturales y sociales. A nosotras simbólicamente nos están diciendo que necesitaremos complementos y adornos en el futuro, mientras que los niños, tal cual llegaron al mundo, ya están bien. Es simbólico y sutil, pero es así.

Es un gesto que marca el inicio de una serie de estereotipos que nos separan por sexo y definen lo que para la sociedad significa ser hombre y ser mujer, tanto en el nivel estético como, a la larga, en el nivel de los comportamientos o las aspiraciones.

Así, tanto hombres como mujeres perdemos la opción de descubrir por nosotras mismas lo que realmente es ser hombre o ser mujer.

Y es que una cosa es el sexo biológico, otra la orientación sexual y otra la identidad de género.

- El *sexo biológico*, con el que nacemos, tiene que ver con nuestra genitalidad y nuestros cromosomas sexuales. Se venía considerando que existen dos sexos biológicos como realidad objetiva e inmutable, hombre y mujer, pero esa certeza ha sido puesta en cuestión por la existencia de personas intersexuales, que tienen rasgos genitales, hormonales o cromosómicos variables que no encajan con esa concepción binaria del sexo. (La intersexualidad hace referencia a las personas que nacen con rasgos biológicos tanto masculinos como femeninos.)
- La *orientación sexual* u *orientación del deseo* concierne al patrón de atracción sexual, erótica, emocional o amorosa que sentimos hacia otras personas.
- La *identidad de género* tiene que ver con la construcción del yo, es una construcción interna y subjetiva, y como tal debería ser libre y no estar condicionada por estereotipos ni presiones culturales o sociales.

- La *expresión de género* es tu forma de mostrarte ante el mundo, a través de la ropa, el maquillaje o tu forma de moverte, y es independiente de tu identidad de género.

Es decir, tú y yo tenemos derecho a sentirnos por dentro como queramos, a identificarnos libremente con el género que queramos y a expresarlo al mundo con total libertad. Y partir de ahí crear combinaciones infinitas.

Por ejemplo, tu expresión de género puede ser masculina (te vistes y te mueves como lo que entendemos hoy que es un hombre), pero tu identidad de género puede ser de mujer. ¿Quién tiene derecho a decirte que porque te «vistes como un hombre» no puedes sentirte como una mujer? Nadie. Es más, la expresión e identidad de género y el sexo biológico son independientes de tu orientación sexual. Por ejemplo, una persona puede tener rasgos biológicos masculinos, pero sentirse mujer, sin necesidad de pasar por un proceso de transición de género y que le gusten otras mujeres; una mujer que sí ha pasado por una transición de género puede ser lesbiana o bisexual o lo que sienta; un hombre trans puede ser gay... Lo dicho, las combinaciones son infinitas y libres como personas hay en el mundo y no deberíamos juzgar nunca las identidades, las sexualidades y las expresiones de género de otras personas solo porque no las entendemos. Al contrario, celebremos y fomentemos la libertad.

¡Inventémonos a nosotras mismas!

—Se lo he contado y me he relajado. —Carla se queda pensativa—. Claro que yo a veces me pongo sujetadores con *push up* o con relleno, pero cuando quiero, cuando me apetece a mí. Y no creo que para interpretar el papel de una abogada sea fundamental tener más tetas.

—¿Y a los actores no les han puesto más paquete o algo? —Carla se ríe. La broma no es muy graciosa, pero nos agarramos a un clavo ardiendo—. ¿De qué te ríes? —pregunto.

—Nada, nada. He pensado en el paquete de Juanma, que sabemos que no llama la atención por su tamaño, pero que luego lo maneja muy bien.

—¡Es verdad! No recordaba ese *affaire*, querida. —Pronuncio *affaire* alargando mucho la segunda a, que se pronuncia como una e. *Afeeeeeer*—. No me acordaba.

—Yo sí.

—Ya imagino, ya. Bueno, y ¿qué ha pasado al final?

—Hemos llegado a un acuerdo, qué remedio. De los sujetos que me han traído, me he puesto el de menos relleno. Pero lo peor de todo es que cuando me estoy poniendo la ropa, la jefa de vestuario me dice: «Carla, que tú eres guapísima, eso está claro, es solo que ellos quieren que la imagen de la prota sea MÁS MUJER».

—¿Más mujer? —Volvemos a ser dos mimos de la Rambla—. Tronca, voy a pedir otro tozo de tarta.

• • •

Más mujer. ¿Qué es ser más mujer? ¿Hay un tipo de mujer? ¿Somos todas un ente uniforme que encaja en ese patrón? Y sobre todo, ¿quién decide ese patrón de MUJER?

El segundo sexo de Simone de Beauvoir

No se nace mujer, se llega a serlo.

SIMONE DE BEAUVOIR

Creo que este es un buen momento para que nos paremos a hablar de Simone de Beauvoir y su libro *El segundo sexo*.^{*} Una obra clave en la historia del feminismo.

Simone de Beauvoir fue una escritora, profesora y filósofa francesa defensora de los derechos humanos y feminista, además de una figura clave en la legalización del aborto en Francia. Autora de ensayos y libros de contenido político, social o filosófico, en 1949 publicó *El segundo sexo*.

El libro llegó en un momento en el que la lucha feminista había pasado a un segundo (o tercer) término. Las sufragistas ya habían conseguido el derecho al voto y a una educación básica, así que tras la Segunda Guerra Mundial el feminismo decae hasta que Beauvoir publica *El segundo sexo* y vuelve a remover conciencias.

Beauvoir, como filósofa existencialista, sostiene que no somos una esencia, sino que somos una existencia. No

^{*} Cátedra, Madrid, 2005.

somos esencialmente hombres o esencialmente mujeres o esencialmente nada, somos en tanto que existimos y tomamos decisiones que nos construyen como seres humanos y que marcan un destino y una vida.

Por lo tanto, si se nos priva de la posibilidad de elegir nuestro destino y nuestro día a día, se nos está privando de ese «ser», de ese «existir».

¿Qué es lo que a ella le chirría a partir de esta reflexión existencialista?

Que en ese momento a las mujeres ya se les marca un destino y un tipo de vida y de elecciones desde que nacen: casarse, tener hijos y cuidar del hogar. Al no tener libertad para decidir sobre su destino, se las estaría privando de su estatus humano.

¿Y los hombres? Bueno, los hombres podían casarse o no, sin ingresar por lo segundo en un convento, y podían dedicarse a su carrera profesional tuvieran hijos o no. Las mujeres, si se casaban, que era lo que les enseñaban como el buen camino, tenían que dejar de trabajar.

Una de las afirmaciones más conocidas de Beauvoir es la de «no se nace mujer, se llega a serlo». Seguro que te suena, ¿qué quiere decir exactamente? Pues que la categoría de *mujer* es un constructo social y cultural (la palabra *constructo* es de las que también quedan muy bien en cenas con sobremesa y debate; yo finjo naturalidad cuando la digo, pero en el fondo me siento más lista mientras la pronuncio).

Todo lo que se supone que nos hace mujeres, tener hijos, cuidar de la familia, del hogar, preocuparnos por la belleza y ser coquetas, es algo predeterminado por la cul-

tura y la educación recibidas. Elecciones preestablecidas que nos cierran los caminos de la rebeldía y la aventura, ensalzando en nosotras un elevado valor del amor, la entrega y los cuidados a los demás.

Um, todo esto me suena, ¿seguro que el libro se publicó hace casi setenta años?

Imagino que vincular mujer con maternidad hace que en el imaginario patriarcal las mujeres de verdad, y por lo tanto deseables, tengan que tener un tamaño de pecho considerable, o tamaño embarazada. Estamos hablando, mínimo, de una talla 90. De ahí que a Carla le dijeran que no parecía lo suficientemente mujer por tener una talla 80 de pecho. Pero es que Carla, con una talla 80 o con una talla 100, sería igual de mujer, ni más ni menos.

Beauvoir reivindica la necesidad de reconquistar nuestra propia identidad específica y bajo nuestros propios criterios, pues hasta el momento, los criterios, los referentes y los relatos habían sido androcentristas y patriarcales.

Insisto, qué bien enfocó el problema Simone y qué pena que todavía ese relato cultural no sea igualitario y no muestre a mujeres diversas, tan diversas como las que existimos en la realidad.

Por cierto, un dato curioso, el Vaticano añadió *El segundo sexo* al *Index librorum prohibitorum*, en español: *Índice de libros prohibidos*. Una lista de publicaciones que la Iglesia católica catalogó como libros perniciosos para la fe y que dejó de renovarse en 1966.

Ojo, que sigue el monólogo interno de la culpa. Si nos fustigamos, lo hacemos bien.

Con lo guapa que salía en la revista *Elle* de este mes. La imagen del espejo y la del papel de la revista no se parecen demasiado, si la gente me viera ahora pensaría que soy un fraude.

A las actrices nos pasa esto a veces, que nos sacan estupendas en las pelis y en las sesiones de fotos, nos iluminan, les ponen filtros a las cámaras y proyectamos una imagen de nosotras mismas idealizada que no tiene que ver con la realidad. ¿Por qué no idealizamos la realidad? El problema viene cuando nosotras mismas nos identificamos con esa imagen posproducida y no tanto con la que encontramos en el espejo por las mañanas. Y además creemos, porque en cierto modo es así, que la imagen de las producciones de moda es la que el público y la industria esperan de nosotras.

Una vez más, soy libre de hacer lo que quiera, de gastarme un dineral y pincharme el tratamiento milagroso o de no hacerlo. Da igual, el caso es que ahora, cuando me paro frente al espejo, solo veo esas imperfecciones que antes eran invisibles para mí.

Ahora siento unas cadenas de las que antes no era consciente. Y ¿sabes qué ocurre? Que pesan.

La mística de la feminidad: el problema que no tiene nombre

*Ninguna mujer tiene un orgasmo limpiando
el suelo de la cocina.*

BETTY FRIEDAN

La Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y el auge del fascismo silenciaron la lucha de las mujeres. Al haberse logrado en muchas partes el derecho al voto y al empleo femenino, la lucha feminista prácticamente desapareció.

Durante la guerra, en los países industrializados, mientras los hombres peleaban en el frente de batalla, las mujeres sostuvieron la economía y la industria, y ocuparon el espacio público. Al finalizar la guerra (1945), los hombres debían volver a ocupar esos puestos de trabajo y como consecuencia las mujeres tendrían que regresar al hogar. ¿Por qué? Porque en teoría era su lugar.

¿Cómo convencerlas de que volver a ejercer de amas de casa era lo mejor que les podía pasar? Ay, inocencia..., pues con la todopoderosa publicidad.

¿Te suenan esos anuncios de los años cincuenta con mujeres superbién peinadas, faldas estrechas marcando

cintura y cadera, tacones, cara de felicidad y una lavadora al lado? Ese fue el modelo de mujer perfecta que se construyó entonces para nosotras. Se idealizó a través de la publicidad, la televisión y las publicaciones femeninas el rol de la mujer como ama de casa, madre de familia, cariñosa, siempre impecable y feliz, muy feliz.

Es más, en ese momento se desarrollaron los electrodomésticos y se vendió como una idea de empoderamiento femenino el saber usar esas nuevas máquinas tan «nuevas, modernas y complicadas». ¡Oh! Bendito privilegio.

Si no te sentías realizada con ese concepto de feminidad no eras digna de tu sexo; vamos, eras una «loca del coño» (por cierto, mientras escribía este capítulo me han llamado loca del coño en Twitter).

¿Qué pasó? Pues que muchas no eran felices ejerciendo de «la mujer perfecta» de los anuncios, viviendo ajenas a todo lo que ocurriera fuera de su casa.

Las consultas de los psicólogos norteamericanos se llenaron de mujeres con cuadros de ansiedad, fatiga crónica, depresión o alcoholismo.

Los psicólogos de la época (hijos de las teorías de Freud) llegaron a la conclusión de que «las mujeres tenían un nivel educativo demasiado alto, lo que les impedía adaptarse a su rol de mujeres». Sí claro, la culpa era nuestra por estudiar. Y denominaron el fenómeno como «el problema que no tiene nombre» o «el problema de las mujeres».

• • •

Betty Friedan, alumna brillante graduada en Psicología, que colaboró con varias publicaciones y trabajó como editora en *The Federated Press*, un pequeño periódico local de Nueva York, publicó en 1963 un libro que marcó la historia de las mujeres occidentales en la segunda mitad del siglo xx: *La mística de la feminidad*.^{*}

Friedan vivió de primera mano lo que era tener que renunciar a los sueños profesionales por ser mujer, pues su madre, que había sido editora de una página de mujeres del periódico local, tuvo que renunciar a su trabajo al casarse y tener hijos. Ella misma repitió en cierto modo el patrón: en un momento de su vida, renunció a una beca para complacer a su pareja. Más adelante se casó y se convirtió en ama de casa, aunque seguía escribiendo algunos artículos.

Se entrevistó con muchas mujeres norteamericanas para analizar el porqué de ese malestar general entre tantas de ellas, cuál era ese problema que no tenía nombre, y lo bautizó como *mística de la feminidad*. Llegó a la conclusión de que el problema no era que las mujeres recibieran una educación y luego se quedaran en casa, el problema era que se había vendido como verdad absoluta que el valor más alto de las mujeres era la realización de esa feminidad, la de la perfecta ama de casa, que debía hacerlas sentir plenamente realizadas. Normal que estuvieran deprimidas, les estaban vendiendo gato por liebre.

Así que Friedan consigue poner nombre al sentimiento de extrañeza, vacío, insatisfacción y frustración perma-

* Cátedra, Madrid, 2009.

nente de miles de mujeres norteamericanas. El libro fue un superéxito de ventas, muchas lectoras se vieron reflejadas en él y eso las ayudó a comprenderse y dejar de autoculparse.

Gracias a la lectura del libro, las mujeres se dan cuenta de que...

1. No están locas.
2. No están solas.

Una vez más, compartir experiencias nos unió y nos hizo más fuertes. Miles de mujeres norteamericanas se sintieron con el derecho y la fuerza de pedirle más a la vida y de salir del hogar.

Betty Friedan tardó cinco años en escribir el libro, cinco años durante los cuales sufrió maltrato por parte de su marido, del que no se divorciaría hasta pasados seis años más, en 1969, tras otros seis años de palizas. Para que veas como las víctimas de la violencia de género pueden ser mujeres feministas, intelectuales y empoderadas.

No digas tu edad, miente*

*Borrar los años de la cara de una mujer
es borrar su identidad, su poder y su historia.*

NAOMI WOLF

Te sitúo. Mes de mayo de 2013. Los Ángeles, California.

Me encuentro en Hollywood porque estoy rodando una peli independiente titulada *Violet*, escrita y dirigida por Luiso Berdejo.

Como el cine *indie* americano me interesa bastante, intento conseguir alguna entrevista con directores/as de *casting* que trabajen en películas pequeñas o que se dediquen también a las coproducciones europeas.

El día que libro me acerco a una de las oficinas donde tengo una cita (he conseguido dos). Recuerdo el largo pasillo enmoquetado, más propio de una peli de los Coen que de un edificio de oficinas.

Llamo al timbre, la puerta *vintage* se abre y yo entro en la sala. Saludo a la recepcionista con algo de miedo y pronuncio mi propio nombre como si no hablara bien español, algo así como *Letisha Doulera*. Ella levanta la mirada

* Post inicialmente publicado en el blog de *Harper's Bazaar*, «No soy una *it girl*».

John Stuart Mill

John Stuart Mill, político, filósofo y economista inglés. Habló y escribió acerca de la equidad de derechos entre hombres y mujeres. En su libro *La sujeción de la mujer*, publicado en 1869, apoyaba el derecho al voto de las mujeres. Fue diputado en la Cámara de los Comunes en el Parlamento inglés y en 1866 planteó una demanda a favor del voto femenino que fue categóricamente rechazada.

Se casó con la filósofa y activista feminista Harriet Taylor y expresamente renunció a los derechos que, como marido, le otorgaba la ley sobre su esposa, formando ambos un matrimonio moderno e irreverente para la época.

Miguel Romera-Navarro

Filólogo, historiador y abogado español. Publicó en 1909 *Ensayo de una filosofía feminista*, contra los argumentos que negaban la igualdad entre los sexos y justificaban la inferioridad intelectual de las mujeres. Defendió que la mujer no fuera ni tutelada ni esclavizada por su marido y que lo que se entendía comúnmente como diferencias naturales de los sexos eran realmente diferencias construidas socialmente.

Lo dicho, si eres hombre, no nos mires, únete como ellos hicieron.

Aunque si estás leyendo esto, imagino que ya te has unido. Sigamos juntos pues.

El feminismo radical

Lo personal es político.

Entre 1967 y 1975 se desarrolla el feminismo radical, movimiento promovido por jóvenes feministas, muy preparadas, que han estudiado filosofía, política o sociología, y que usan herramientas como el marxismo o el psicoanálisis para desarrollar sus teorías.

El feminismo radical se separa de la izquierda tradicional porque no pone su atención en las relaciones originadas por la explotación económica y en el ámbito de lo público, sino en las relaciones de poder que se dan en el ámbito privado.

De ahí el lema: «Lo personal es político».

Se dan cuenta de que votar, legislar y poder trabajar no está generando relaciones igualitarias entre los sexos como se esperaba. Plantean que hay que ir más allá y eliminar las relaciones de poder que se dan en el ámbito privado.

Consideran que las raíces del patriarcado se encuentran en la educación, la cultura y la sexualidad.

Rompen con el tabú de la sexualidad femenina y lu-

chan por la autonomía de las mujeres en las relaciones de pareja. De hecho, son ellas las que acuñan los términos *patriarcado*, *género* o *casta sexual*.

Una de las aportaciones más significativas del feminismo radical fueron los grupos de autoconciencia. Encuentros de mujeres donde cada una explicaba las formas en las que experimentaba y sentía su opresión. El propósito de estos grupos era «despertar la conciencia latente que todas las mujeres tenemos sobre nuestra opresión», para propiciar «la reinterpretación política de la propia vida» y sentar las bases para su transformación.

La versión 2.0 actual de los grupos de autoconciencia podrían ser campañas como #MeToo (#Yotambién) en Twitter, impulsada hace diez años por el movimiento feminista negro, basada en que las mujeres que han pasado por experiencias de acoso sexual (casi todas) las comparan en redes con otras mujeres; todo ello sirve para liberar el miedo a hablar, para paliar la culpa y la vergüenza, y darte cuenta de que no es cosa tuya, que no estás exagerando nada. Hacerlo público también ha servido para visibilizar un problema social muy grave, pues aquello de lo que no se habla no existe. El movimiento #MeToo en octubre de 2017 fue *trending topic* mundial.

Desde el feminismo radical también se desarrollaron una salud y una ginecología no patriarcales, animando a las mujeres a conocer su propio cuerpo. Se fundaron guarderías, centros para mujeres maltratadas, de defensa personal, etc.

Como ves, fue un movimiento muy proactivo. También hubo manifestaciones espectaculares y actos de pro-

testa, como la quema pública de sujetadores y corsés. Dirás, ¿quema de sujetadores? ¿Por qué? Bueno, yo soy de las que nada más llegar a casa se quita el sujetador porque me molesta, así que más de una vez me hubiera gustado quemar uno.

Dos obras fundamentales del feminismo radical son *Política sexual* (Kate Millet) y *La dialéctica del sexo* (Shulamith Firestone), por si te animas a leerlas.*

A partir de este momento, el feminismo pasa a ser una teoría política que se estudia en universidades, con varias ramificaciones teóricas: feminismo radical, feminismo cultural, feminismo de la diferencia, feminismo académico, institucional, ciberfeminismo...

Eso sí, todos ellos con un clarísimo y central punto en común: luchar por la igualdad y para que las mujeres tengamos la libertad de definir por nosotras mismas nuestra identidad, en lugar de que esta sea definida por la cultura y los hombres que nos rodean.

¡Ah! Si me preguntas, sí, yo me considero una feminista radical.

* Kate Millet, *Política sexual*, Cátedra, Madrid, 2010; Shulamith Firestone, *La dialéctica del sexo*, Kairós, Barcelona, 1976.